

«Veo la sociedad entera permeada de pequeños magisterios»

Entrevista a María Teresa Andruetto

Eda Carina Muñoz | UNER
edacarinamunioz123@gmail.com

Sonia Liliana Luquez | UNER
sonialuquez@yahoo.com.ar

María Teresa Andruetto (Arroyo Cabral, Córdoba, Argentina, 1954). Algunos de los ejes de su obra son la construcción de la identidad individual y social, las secuelas de la dictadura en su país y el universo femenino. Ha escrito novelas, cuentos, ensayos, poemas, crónicas y libros para niños. Obtuvo, entre otros premios y distinciones, el Premio Novela del Fondo Nacional de las Artes, el Iberoamericano a la Trayectoria en Literatura Infantil y Juvenil SM 2009, Hans Christian Andersen 2012, Premio Cultura de la Universidad Nacional de Córdoba, Konex de Platino 2014, Pregonero de Honor 2015. Fue finalista del Rómulo Gallegos y candidata al Premio Astrid Lindgren. Traducida a varias lenguas y estudiada en universidades europeas, argentinas y de países de América, su obra ha servido de base para la creación de otros artistas. Se realizaron a partir de ella cortometrajes, espectáculos poético-musicales, coreografías, espectáculos de narración oral escénica, adaptaciones teatrales y cinematográficas y libros objeto. En su interés por la escritura de otras mujeres codirige una colección de rescate de narradoras argentinas olvidadas y cada semana cuenta historias en una columna radial de la ciudad de Córdoba.

En la conversación, María Teresa hilvana muchas historias. Las que hacen a la historia social, podríamos decir, y que refieren al libro y la lectura, a las políticas de estado y sus impactos en las prácticas editoriales y en la formación de lectores. A lo largo de esa reconstrucción, introduce apreciaciones, precisiones y análisis de gran valor respecto de la escuela y la formación de lectores.

Al mismo tiempo, logra que lo importante transcurra también en las pequeñas historias: las vicisitudes de un librero del sur con un exquisito fondo editorial en su librería; o la preciosa vivencia que recupera en relación con su madre, quien sin ser maestra enseñó a leer a muchos niños que, años después y ya adultos, le acercaban flores en el día del maestro.

Las reflexiones sobre la transmisión cultural, la generosidad para compartir la palabra, traslucen su fina sensibilidad para con los gestos subjetivantes: «me parece que uno nunca aprende tanto como cuando tiene que enseñar», «veo la sociedad entera en la que nos movemos, permeada de magisterios, de pequeños magisterios».

Llamamos por teléfono. María Teresa no usa *Skype*, no tiene camarita y pareciera que está mucho más cómoda escuchando las voces a través del teléfono. Hacemos las presentaciones de un lado y del otro. Al rato, y en las referencias de amigos comunes, se genera cierta intimidad, hay risas y alegría de conversar, un clima fraterno.

Educación & Vínculos: Nosotros tenemos una revista que es interdisciplinaria, que nace con inquietudes pedagógicas, pero también cruzando lo pedagógico con otros campos, como la psicología social de Pichon-Rivière, el psicoanálisis y la salud mental. A nosotros nos preocupa mucho el lugar del docente como adulto, que nos parece que hay fortalecer, que volver a pensar, y la educación como una cuestión de transmisión cultural y de producción subjetiva que está mucho más allá del rendimiento académico, de la alfabetización, incluso, del currículo. No es que no tengan importancia las cuestiones de la didáctica, y por supuesto de la didáctica de la lengua, pero sí en un sentido de una perspectiva de derechos, por un lado, de una perspectiva política de derechos y en una perspectiva de que, lo que se trata ahí, es de una transmisión cultural y de hacer soporte a una trama social como la que necesitamos, que nos humanice.

María Teresa: Yo coincido en todo eso, sí.

E&V: Nosotros tenemos una sección con una serie de entrevistas, que se llama de Maestros y sus maestros porque, un poco, es algo que vos dijiste acá, cuando estuviste en Paraná, en la Escuela Normal, que siempre hay alguien que nos ha tendido una mano ¿no? Un poco eso, reflexionar sobre la relación con las futuras generaciones, con los niños, con los jóvenes, la relación con nuestros maestros y con nuestros pares. Además, en segundo

término, nos interesaba pensar en las políticas del libro, de las lecturas y de la formación de lectores, tu mirada al respecto en este contexto actual, qué políticas rescatás... pienso, concretamente, en el Plan Nacional de Lectura, la discusión sobre la creación del Instituto Nacional del Libro Argentino...

M.T.: Justo acabo de compartir una nota muy interesante que salió en *Anfibia*, de Alejandro Dujovne¹. La compartí porque justo me la mandó Alejandro, la acabo de leer, la puse y justo sonó el teléfono.

E&V: ¡Mirá qué conexión! (risas)

M.T.: Empezaría por esto último que me parece que es más preciso para contestar y después seguiríamos con lo que preguntó Carina.

Con respecto a las políticas, yo empecé a trabajar en la formación de lectores en el año 84, o sea que he visto mucho y de todo en distintas gestiones de gobierno. Yo diría que respecto a cómo estaba el país cuando terminó la dictadura, donde había un despojo del libro brutal, donde prácticamente había desaparecido el libro en las escuelas, no hablo de fragmentos, hablo del objeto libro y de las políticas de lectura, y donde el lugar de la literatura en la escuela era más bien histórico, de una historia de la literatura, en relación a eso, a ese estado del año 84, con varios ascensos y descensos, el movimiento hasta hoy ha sido ascendente. Yo creo que hay un crecimiento muy importante de la sociedad lectora en la Argentina, me atrevería a afirmar eso. Por supuesto que hay momentos de baja, de deterioro de lo conseguido, como lo que está sucediendo ahora en esta última gestión, donde hay un arrasamiento sobre cuestiones que se habían logrado, cuestiones materiales o de formación que se habían logrado desde el Estado. En lo que respecta a políticas de lectura, yo rescato muchas cosas del gobierno anterior, entre lo más importante, en primer lugar, pondría quizás el Plan Nacional de Lectura y, muy especialmente, la política de compras de libros para todas las escuelas públicas del país por parte de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. Valoraría, también, el corrimiento de la compra de libros desde [el Ministerio de] Cultura hacia [el Ministerio de] Educación y, una cosa más, porque hay un momento –que me parece que es 2008, no estoy segura– en que hay un cambio sustancial en el modo en que se compran esos libros. Porque cuando el Estado compra, y compra en volúmenes tan grandes, los lobbies editoriales pueden ser fuertes y, por supuesto, más fuertes desde los grandes grupos editoriales y hay un momento en que se toma nota de eso, por una parte, y, por la otra, se decide hacer compras no por regiones o proyectos, sino para todas las escuelas públicas. Decía, hay un momento en que se modifica la dinámica de selección de los libros que se van a comprar y, en lugar de un equipo pequeño de especialistas, se recurre a dos o tres profesores por provincia, profesores que son, a su modo, también especialistas, generalmente profesores de institutos de formación docente,

¹ Se refiere al artículo «La desigualdad en el mercado editorial. Los conflictos que la literatura no ama». Publicado en *Anfibia*. Revista digital de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Agosto 2019. ISSN 2344-9365

terciarios o universidades provinciales, que firman un pacto de confidencialidad y se trasladan en comisión para la evaluación del material que presentan las editoriales a efectos de decidir sobre las compras. Entonces, ya no tenemos cinco especialistas, cuatro u ocho, sino que tenemos a razón de dos o tres por provincia, estamos hablando, entonces, de muchas personas, de modo que el sistema se vuelve, me parece, más democrático, el poder de decisión está más repartido y, a la vez, intervienen personas de todas las provincias, lo que permite, por supuesto, que la selección de libros tenga un criterio más federal. Para mí eso ha sido excelente y, como otras cuestiones, por supuesto ha sido suspendido, más que suspendido anulado y ya no ha habido más compras con este nuevo gobierno, excepto, que yo sepa, el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para las escuelas de CABA. Entonces, todavía, en las escuelas públicas se está trabajando con aquellos libros llegados hace unos años (las últimas compras fueron de 2015), pero los libros tienen mucho uso, se destruyen, hay que reemplazarlos y también habría que actualizar con nuevos libros, con otros títulos, y eso no se ha hecho. Llevamos ya cuatro años sin nuevas compras.

Otra política importante es la de CONABIP (Comisión Nacional de Bibliotecas Populares) que compra para la red de bibliotecas populares del país, aunque no tiene, por supuesto, la llegada y la magnitud de las compras para escuelas. Ahí ha habido algunas compras en esta gestión –no se últimamente, pero si las hubo en 2016–. También, en estos últimos años, se han suspendido las capacitaciones gratuitas a maestros y eso es muy importante, es fundamental, incluso yo pediría más, porque a mí me parece que la capacitación de un maestro debiera hacerse no solo de manera gratuita, sino dentro de horas cátedra pagas; ya que, hoy, un maestro inicial que tenga dos cargos no llega a la línea de pobreza, entonces ¿cómo puede ese maestro tener una cuenta en una librería para poder comprar libros?, ¿cómo puede ese maestro pagar cursos de capacitación? Entonces, es muy importante, fundamental, la presencia del Estado en algunas cuestiones básicas de la vida social y la educación es una cuestión básica, después de la garantía alimentaria es, creo, la más importante.

E&V: Desde tu punto de vista ¿qué podría estar siendo necesario, además de esto que detallás?

M.T.: Bueno, la creación del Instituto Nacional del Libro Argentino a mí me parece de suma importancia, porque ahí habría recursos propios, sería una entidad estatal, pero autárquica. Yo apoyé la presentación del proyecto de ley en Córdoba, así que estoy de acuerdo con el proyecto, más allá de que está en discusión en la Cámara de Diputados de la Nación Argentina y puede estar sujeto a modificaciones y enriquecimientos. Me parece central una institución de esas características, con cierta semejanza con el Instituto Nacional de Teatro y el Instituto Nacional de Cine que, por otra parte, están bastante vaciados hoy. Pero me refiero como concepto, en el

cual cierto ingreso, un cierto impuesto, vaya al Instituto Nacional del Libro Argentino para que ese instituto tenga ciertos recursos propios para volver más equitativa, diversificada y federal la producción editorial y su circulación a todo lo largo y ancho del territorio nacional... porque aquí se trata del libro, su industria y su existencia como producto de la cultura; de lo otro que hablaba es el libro en relación con la educación y la escuela, son dos zonas distintas del mundo del libro. Por una parte, es central, desde el punto de vista de la educación, que a las escuelas puedan llegar libros de calidad y diversidad, tal como un niño, un joven o un docente de cierto nivel adquisitivo y de cierta proximidad con el mundo de las librerías puede encontrar en una librería. Esa calidad de libros y un poco de esa diversidad, para acercar el libro a sectores a donde no llega, donde no se pueden comprar. Por otro lado, la creación de un instituto del libro apunta al apoyo a la diversidad editorial, a la diversidad de producción y circulación de libros, al sostén de experiencias de escritura, pequeñas editoriales, difusión y circulación de libros editados en las provincias, apoyo a librerías que están en lugares alejados, todo eso y mucho más podría hacer un instituto del libro.

E&V: Tiene que ver con el acceso y con la posibilidad de formar lectores...

M.T.: Claro, con la equidad, con la búsqueda de cierta *equitatividad* que siempre es inalcanzable, pero se trata de ir en esa búsqueda. Lo otro, con el Instituto Nacional del Libro Argentino, tendría que ver con recursos destinados a sostener la diversidad de ediciones en el país, es decir editores de distintos lugares, editoriales pequeñas, medianas y más grandes, no solamente los grandes grupos editoriales; lo cual significa autores de distintos lugares del país y que la escritura vaya en estéticas y modos de pensamiento y de creación de ficciones procedentes de distintos sectores sociales, geográficos, culturales y no que todo se centralice en formas urbanas, de clase media intelectual, etcétera. Porque, ya sabemos, un escritor escribe con todo lo que es, y es distinta la percepción del mundo que se tiene si se desciende de una etnia determinada, si se vive en una provincia determinada, si se proviene de un sector social determinado. El objetivo es no perder esa diversidad, esa confluencia que ha sido, un poco, nuestra marca como literatura —porque la literatura argentina es una literatura muy rica, que tiene una proporción alta de escritores de calidad— mejorarla, hacer crecer esa potencialidad y sostener esa diversidad que más de uno quisiera arrasar.

Eso por una parte, y por la otra, a mí me parece importante algo que comenté en la presentación en Córdoba del proyecto de creación del Instituto Nacional de Libro Argentino, es que, desde el instituto, se podrían apoyar, subsidiar, ciertas librerías que están en lugares recónditos. Yo ando mucho país adentro, y hay lugares donde hay que hacer 300, 400 kilómetros para encontrar una librería, porque un librero no puede sostener una librería en un pueblo muy pequeño. Entonces, así como se contribuye a sostener salas de teatro a través del Instituto Nacional del Teatro con subsidios, o se sos-

tenían al menos hasta no hace mucho, se podrían sostener ciertas librerías alejadas de ciudades grandes, de centros urbanos grandes. Se habla mucho de becas para escritores y, por supuesto, que eso también podría ser, pero yo siempre he sentido que, si uno mueve la industria editorial desde el apoyo estatal con compras a contra mercado, por ejemplo, eso mueve la escritura y mueve la presencia de escritores, hace que los editores editen escritores todavía no conocidos, etcétera. Se pueden hacer muchas cosas, pero finalmente es lo mismo en todos los aspectos, se trata de si uno considera que el Estado debe intervenir para compensar ciertas cuestiones y regular otras o si uno piensa que todo debe quedar librado al mercado y a lo puramente individual, al sálvese quien pueda.

E&V: Y en este sentido vos decías cómo las librerías en todos los pueblos...

M.T.: No sé si en todos los pueblos. Ahora, por ejemplo, el premio Pregonero que da la Feria del Libro Infantil, que tiene una categoría Librería / Librero, me dio mucha alegría que lo ganara un librero de Dina Huapi (Librería EL Profe, Dina Huapi, Río Negro) un librero extraordinario que está ahí en un lugar pequeño y que ahí ha ido creciendo en la oferta de un fondo editorial de calidad. Pasa que un librero que está en un lugar lejano, en el caso de que subsista, muchas veces tiene que hacerlo a costas del fondo editorial, a costa de calidad y diversidad, vendiendo solo *best sellers* o libros de autoayuda, no pudiendo tener un fondo editorial más diverso, con libros de calidad de editoriales más pequeñas o con autores excelentes pero menos conocidos; un librero así no subsiste si no está en una ciudad grande, a menos que tenga —como este librero y algunos otros— un empeño singular y trabaje él con su familia. El oficio de librero es un oficio muy complejo. Un amigo librero me decía hace poco: «nosotros consideramos que un libro funciona cuando en un año se vende al menos un ejemplar»; entonces hay que tener muchos libros pensando que cada libro se puede retener en la librería si pasa un año sin venderse. Comercialmente hablando, yo creo que el librero es —si no la más— una de las especialidades más complejas, porque *el producto* no es uno ni varios, sino miles y miles de títulos. Bueno, como ya habrán visto, me interesa no solo la escritura, sino todo lo que tiene que ver con el mundo del libro, porque la literatura es una disciplina, un arte a veces, que necesita de la industria para existir y, entonces, para sostener al libro hay que sostener a la industria editorial que, además, es una fuente de trabajo para muchas personas.

E&V: Justamente ahora, como vos bien marcabas, son noticia las dificultades que enfrenta la industria editorial.

M.T.: Tremendas dificultades. Lo de SM² ha sido un hachazo por la brutalidad. La editorial SM cierra sus puertas —no exactamente porque no vendan, sino porque las ventas han disminuido, porque la rentabilidad ha

² Editorial española, con sede en Argentina, focalizada en la escuela, reconocida por tener como público a las escuelas y venderles grandes cantidades de material educativo.

bajado con respecto a las grandes ganancias de unos años atrás— y deja a doscientas personas, personal de planta, sin trabajo, además de que hay autores que tienen ahí algún libro, dos o tres, pero otros tienen allí todos sus libros. Eso ha sido tremendo, un golpe tremendo para autores y trabajadores de planta permanente. Lo otro es que, con la crisis económica, las editoriales medianas o chicas limitan la cantidad de libros que editan y ¿qué sucede en consecuencia?, ¿qué fenómenos produce? Inmediatamente los editores se vuelven más conservadores (no exactamente en el sentido ideológico, sino con respecto al reconocimiento de los autores que editan) porque si las condiciones de venta no son buenas, y no son buenas porque el Estado ya no compra —porque cuando el Estado compraba un libro a una editorial chica, esa compra le permitía al editor sostener muchas otras ediciones— y el poder adquisitivo ha bajado tanto que hace que mucha gente que compraba libros ya no pueda hacerlo porque el libro es un artículo que está después de ciertos asuntos elementales, como la alimentación o el abrigo. Entonces, si eso no sucede ¿qué hace el editor al que se le achica su mercado? pues se vuelve más conservador, publica autores que ya sabe que funcionan, autores que ya tienen su nombre y se va a arriesgar menos a editar autores nuevos. Entonces, si el editor no arriesga, a la larga estamos perdiendo diversidad, estamos perdiendo surgimiento de nuevas escrituras.

E&V: Lo que estamos siguiendo en tu reflexión es que, para que haya riqueza literaria y más diversidad de escrituras, es necesario no dejar al libro y los lectores librados a las lógicas del mercado.

M.T.: Y para que todo eso funcione hace falta que la sociedad tenga en su conjunto unas mejores condiciones de vida, porque primero el libro fue un manuscrito con un acceso extremadamente selectivo, privilegio de monjes y de sabios; después, con la invención de la imprenta, comienza la popularización del libro. ¿Cuándo aparece la lectura como hábito? Hay dos momentos que me parece que son muy centrales: uno que tiene que ver con el nacimiento y desarrollo de la burguesía, con la aparición de una clase social que tiene un tiempo de ocio suficiente como para destinarlo a la lectura, un ocio creativo; y el otro gran momento del desarrollo lector es la revolución industrial, cuando las masas, alfabetizadas para manejar las máquinas, demandan historias, relatos y aparecen los fanzines, las publicaciones por entrega. Entonces tenemos dos vertientes por las que se accede a la lectura: la vía de la educación —de la alfabetización— o la vía del ocio creativo o las dos cosas juntas. Quiero decir, cuando alguien no accede al libro porque vive en un espacio donde el libro no está presente o porque tiene un trabajo que no le deja un tiempo para el ocio, ahí está la escuela con su espacio de formación tratando de construir lectores.

E&V: Ya que llegamos a la escuela (risas)... Pensaba que la escuela ha sido

acusada de muchas cosas, de muchos pecados, digamos por derecha y por izquierda. La crítica de derecha ha dicho que la escuela no enseña, que la escuela está atrasada, que la escuela en fin no es eficiente; y la izquierda le ha dicho a la escuela que es el aparato ideológico del estado, que es una máquina de fabricar chorizos, que aplasta la creatividad. Bueno, me gustaría escuchar tu reflexión, que de algún modo la atisbamos, pero quisiéramos plasmarla en esta entrevista.

M.T.: Yo creo que la escuela puede ser todo porque la escuela es, por supuesto, un instrumento del Estado —el instrumento por excelencia, diría— para la formación de ciudadanía. Es un espacio disciplinador, pero también puede ser un espacio de liberación. Y creo que, cada vez más, la escuela puede ser un espacio de liberación porque la opresión externa en la sociedad es tan fuerte que ese espacio, un espacio donde construir pensamiento, construir imaginario, compartir con otros, todo eso que puede contribuir a hacer la escuela, la sociedad habitualmente no lo da. Y no lo da, sobre todo, para ciertos sectores sociales. Entonces, a mí me parece que la escuela, sin dejar de ser del todo aquello de lo que se la acusa —porque la escuela nos enseña a funcionar en una estructura— al mismo tiempo puede darnos, si se tiene conciencia de ese poder, herramientas para liberarnos de estructuras que nos oprimen. Yo he trabajado mucho en docencia secundaria, en diversas modalidades educativas, en profesorado y también en espacios de educación para-sistemáticos como barrios, cárceles, en talleres particulares o institucionales, y nunca me convencieron del todo ciertas modalidades muy especiales de educación privada, ni las escuelas con una estructura totalmente abierta, modalidades muy selectivas que trabajan con una horizontalidad que pareciera total. La cuestión con la escuela es siempre una negociación entre lo que uno desea y las condiciones en las que está, eso no se me escapa, pero me interesa la escuela como instrumento del Estado para favorecer inclusión. Me interesa, incluso, hasta en sus aspectos «negativos» como podría ser entrar en una estructura, tener ciertos horarios y ciertas reglas, a que la sociedad tiene eso en su afuera, entonces me parece que también ahí hay un aprendizaje. El asunto sería cómo hacer para que eso no se coma todo (toda la energía, todo el tiempo) en la escuela, como hacer que no todo pase por ahí, sino que se puedan generar, también, espacios de libertad y ¿cuáles serían esos espacios de libertad? Más que hacer lo que uno quiera sin que nadie le diga nada, me interesa la construcción de libertad de pensamiento y de imaginario, cómo construir cierta libertad o, mejor aún, cierta conciencia —ya que todo eso no viene por si solo sino que se construye— para no ser devorado, arrasado, por el afuera que parece ofrecer tanta libertad y que, al contrario, nos domina a través del mercado, la publicidad, los algoritmos de los espacios virtuales y tantas otras cosas que desconocemos. Entonces, la escuela como un espacio a pensar, para generar autoconciencia, para aprender a imaginar otros posibles y para

construir una afectividad con los otros que permita resistir, generar capacidad de resistencia, después, en la vida cotidiana.

E&V: Ese sería el lugar clave del docente, ¿no?

M.T.: Para mí, sí. He trabajado mucho en talleres de escritura creativa o de lectura, con maestros, generalmente de primaria. Siempre decía —y digo «decía» porque hace tiempo que ya no los hago— que es necesario hacer «un espacio en la escuela que no parezca de la escuela», que no parezca de la escuela vista como ese lugar de opresión, sino un espacio para generar condiciones de conciencia y de libertad, cosa que por otra parte se hace en muchas escuelas, porque he visto y veo muchos proyectos muy interesantes... Quizás en otro momento, cuando la vida de los ciudadanos era más libre, menos condicionada, menos competitiva, a lo mejor la escuela parecía demasiado formal. Pero, en las condiciones en que vivimos, creo que la escuela puede ser un refugio para pensar en otras condiciones de vida. Pienso en algunas reflexiones muy interesantes de Carlos Skliar, por ejemplo, en relación al lugar de la escuela y al lugar de quienes transitan por la escuela; o en algunas reflexiones de Inés Dussel o de la colombiana Silvia Castrillón, acerca de la escuela como un espacio que podría, tal vez, prescindir de otras cuestiones para dedicar ese tiempo a la lectura, a la reflexión, al pensamiento; porque ya de lo otro hay mucho afuera. Y habría que pensar también si es que hay que estar tan informado, tan al día, o si cabe insistir en otros aspectos como aprender a replegarse sobre uno mismo, encontrarse con un libro, aprender a seleccionar de todo lo que nos llega lo que vale la pena. Porque cuando uno lee en papel, esa lectura es más morosa, se puede ir y venir, compartir con otros y pensar con otros sobre lo que se ha leído y, tal vez después, con ese capital, uno puede ir a las redes con una capacidad crítica o de selección y una plantada diferente. Antes el problema era cómo llegar a la información, cómo encontrar la información. Yo viví en un pueblo donde no había librerías, ¿cómo saber qué libro comprar —en el caso en que se tuviera dinero para hacerlo—? Había que ir al bazar, encargarse el libro, el bazar lo encargaba al comisionista y el comisionista lo compraba en la ciudad. Entonces, saber qué libros habían salido o qué libro podía ser era difícil... Hoy el problema no es ese; hoy el problema es justamente lo opuesto.

E&V: ¡Hay mucho!

M.T.: Claro, hay mucho y mucha información, y debemos aprender a movernos en ese bosque. Entonces, la escuela podría ser el lugar donde aprendemos a movernos en el bosque de información indiscriminada.

E&V: ¡Qué hermoso lo que decís! Pensaba que, en algún momento —creo que alrededor del año 2000—, estaba la amenaza de que el libro digital

y la digitalización iban a terminar con el libro en papel. Y en realidad no, para nada. Al contrario, en el caso de la literatura infantil y juvenil lo que hubo fue un crecimiento tremendo del objeto libro y sus posibilidades.

M.T.: Sí, y la calidad editorial, todo eso. El libro digital o el *e-book*, se ha estancado en términos de venta o en algunos casos ha bajado. En todos los libros que he publicado en la última década, todas las editoriales hacen también un contrato por los libros digitales. Pero, lo veo cuando llegan las regalías, el rendimiento es mínimo.

Por supuesto que un libro digital tiene su utilidad, sirve en otros casos. Co-dirijo una colección de narradoras argentinas olvidadas en la Editorial de la Universidad de Villa María, y si una especialista en literatura de mujeres de otro país quisiera acceder a uno de esos libros —como es costoso mandarle el libro en papel— podría comprar el libro digital. Lo digital sirve para ese tipo de cosas, para algunas ocasiones, pero fuera de eso no creo que el libro en papel —al menos no por el momento— vaya a perder vigencia.

E&V: Sí, claro. Tiene que ver con algunos espacios de circulación donde lo digital es algo más sencillo, pero no con la universalización de lo digital.

M.T.: Como algo complementario. Yo también a veces leo en las redes ciertos textos o bajo algún archivo, aunque no sea mi modo de leer habitual. Está, también, la cuestión de la calidad de la edición, que se ha refinado tanto... sobre todo en ciertas zonas del libro para niños. Cierta zona donde la cuestión de la imagen, el color, la textura, la tapa, etcétera, hacen una diferencia. Bueno, todo eso no está en el [libro] digital...

E&V: Exactamente, el objeto material... el papel, los aromas... una experiencia plurisensorial sería eso...

M.T.: Exacto... La otra pregunta era sobre los maestros...

E&V: Sí, tus maestros. ¿Quién te dio la mano que te hizo crecer?

M.T.: Primero diría, mi mamá y mi papá, en dos vertientes. O sea, la casa en que viví, la familia en la que me crié. Mi mamá venía de una familia muy modesta, extremadamente, y mi papá era un inmigrante, hacía poco que había llegado. Cuando yo era chica éramos decididamente pobres. Vivíamos en un conventillo, compartíamos un baño, un excusado, con los vecinos, pero siempre lo viví —me lo hicieron vivir— como algo pasajero, como algo que pasaría, y así fue, transitorio. Hubo un momento, hacia mis diez años, donde la economía vida familiar empezó a cambiar para mejor. Pero, aun en los tiempos más difíciles, el libro siempre estuvo. Cuando los recursos eran pocos, los libros también eran pocos, pero la valoración del libro era grande y también de lo que ellos habían leído. Mi papá siempre

lamentaba haber dejado su biblioteca en Italia, porque él había cursado estudios superiores y venía de condiciones socioeconómicas más favorecidas que las de mi madre, a él lo había traído la guerra y no la situación familiar de pobreza. Entonces, él hablaba de sus libros y de los libros que había tenido que dejar y de ir haciendo acá una biblioteca como la que había tenido allá. Mi mamá era una lectora apasionada, verdaderamente apasionada. Ya su madre y su abuela valoraban los libros, libros de santos, la Biblia, pero ella aprendió francés de modo autodidacta y se hizo una lectora fervorosa de poesía y de ficción al hacerse amiga de un hombre mucho mayor que ella, que tenía una biblioteca personal, tal vez la única en el pueblito donde ella vivía; un hombre que estuvo durante veinte años sin salir de su casa, con temor o fobia a salir de la casa, que le prestaba libros y que le enseñó a coleccionar estampillas, alguien que podría decirse fue su maestro.

Aquel hombre salió de su casa cuando el pueblo se convirtió en municipio; porque ni siquiera tenía municipio aquel pueblo. Lo buscaron para que manejara la municipalidad, porque era, quizás, el hombre que más sabía en el pueblo. Y él la buscó a mi mamá, que tenía por entonces 14 años, para que les enseñara a leer a los niños del pueblo. Y mi mamá, que no era maestra, enseñó a leer a muchísimos niños. Todavía de vieja, iban los alumnos, casi tan viejos como ella, para el día del maestro, a llevarle flores.

E&V: ¡Qué historia hermosa!

M.T.: Es verdad, una historia preciosa... Mi mamá amaba la poesía, la música de las palabras. Era una mujer sencilla, ama de casa; porque cuando se casó con mi papá dejó de enseñar y no volvió a trabajar. Se fueron a otro pueblo e hizo toda una vida de ama de casa, que creo que le pesaba bastante en ese deseo persistente de otra vida.

E&V: ¿Era católica o protestante?

M.T.: No, era católica. Su madre y su abuela eran muy católicas, muy religiosas, muy austeras, tanto mi abuela como mi bisabuela. Mi mamá, era bastante rebelde; era católica de origen, pero a la vez abierta y tampoco tan practicante. Era una gran, gran narradora de relatos cotidianos y tenía una voz muy bonita que no perdió con la vejez, una voz que no envejeció. Como les decía, en mi casa hubo muchísimo relato, pero no solo libros o cuentos, sino —tanto de ella como por parte de mi papá— relatos sobre la vida. Así, conozco detalles de la vida de mi abuela, de mi bisabuela, de mi tatarabuela, historias de los vecinos de mi abuela, todo eso abundaba en casa. De parte de mi mamá y también de parte de mi papá, porque como era el único de su familia que había emigrado, quería que nosotros tuviéramos a su familia muy presente. También había cartas. Recibían muchas cartas los dos, muchas. En fin, había mucha palabra, mucho relato, además de esa pasión por los libros. Pero mi papá era un

lector de lo informativo, del estudio. A él le interesaba aprender acerca de ciertas cosas. No lo recuerdo leyendo novelas, le interesaba saber. Así que ellos dos, sin duda, han sido, a su modo, mis primeros, involuntarios y más constantes maestros.

Después en la escuela, las maestras de la primaria. Siempre tuve una buena relación con la escuela. Siempre me gustó ir a la escuela; para mí la escuela era algo deseado, un lugar al que iba con ganas. Recuerdo a varias maestras, la señorita Herzia (maestra de primer grado), la dulzura de la señorita Picca (una maestra suplente), la señorita Irene (maestra de quinto grado) y, sobre todo, a mi maestra de cuarto grado, la señorita Carmen, que tenía algo especial en el modo en que transmitía la historia nacional y una admiración muy grande por Belgrano, de un modo que me hace distinguirla entre otras.

E&V: ¿Y en las letras?

M.T.: Bueno, primero esta cosa familiar, después en el secundario, Carmen Pozzo, profesora de literatura. Después la decisión de estudiar letras en la universidad y venir a vivir a Córdoba, constituye un salto muy grande. El ingreso a la universidad se vuelve, para mí, una ventana impensada: hacia los libros, hacia la vida fuera de la casa familiar, hacia el compromiso político, muchas cosas. Cumplí diecisiete haciendo el curso de ingreso a la universidad.

Hay que pensar que vivíamos en el pueblo y casi no salíamos. Cuando vine a estudiar a Córdoba, creo que era la segunda vez que venía a la ciudad. O sea, nosotros vivíamos pueblo adentro y la salida al mundo era sobre todo imaginaria, a través de los libros y del cine. No es como ahora que, por más chiquitos que sean los pueblos, están «abiertos al mundo» (risas).

El paso del pueblo a la ciudad, el paso de vivir en familia a vivir con amigas o con desconocidas... yo me fui a vivir a una casa donde había veinte y pico de chicas de distintas provincias, catamarqueñas, formoseñas, riojanas, neuquinas, rionegrinas; entonces esa diversidad de la vida universitaria, que era la vida con otras y era también una vida sola, aprender a administrarse, el comedor estudiantil, la militancia.... a todo eso yo lo considero como un gran magisterio. Y por otro lado, los profesores en sí, porque ingresé en el 71 y egresé en el 75 y, entonces, tuve profesores extraordinarios. Sobre todo los de literatura argentina y latinoamericana, porque era lo que más me interesaba: las literaturas argentinas y latinoamericanas. Era una voracidad por ver y saber todo. Y la poesía universal. Los profesores de esas materias, sin duda...

E&V: ¿Algún nombre, Tere?

M.T.: Sí, sí... el profesor Íber Verdugo, el equipo de profesores de los seminarios de Literatura Argentina, Carlos Giordano, Ulises Guiñazú,

Carlos Zola, profesores que se desperdigaron al exilio en el 74 y 75. También Raúl Dorra, que nos daba manierismo y barroco, profesor extraordinario que luego desarrolló su vida académica en Puebla (México), que se casó con una compañera de curso y amiga, por lo que he seguido en relación con ellos, ahora están en Puebla. Después, a fines del 83, comienzos del 84, me uní a un grupo de mujeres y fundamos el Centro de Difusión e Investigación en Literatura Infantil y Juvenil de Córdoba (CeDILIJ).

E&V: El hermoso CeDILIJ...

M.T.: Ese creo que ha sido el mayor magisterio para mí; un magisterio colectivo en el que, las que formábamos ese centro, aprendíamos para enseñar. Fue un trabajo riquísimo de auto-magisterio, magisterio para otros y magisterio compartido porque unas aprendíamos de otras. Yo trabajé allí durante doce años y es una marca que probablemente, desde el punto de vista de la formación, de la autoformación, sea la marca más grande que tengo. Una casa, diría. Porque por un lado estudiábamos, aprendíamos y por el otro lado, enseñábamos. Yo veo todo como una sola misma cosa porque me parece que uno nunca aprende tanto como cuando tiene que enseñar. Paralelamente a eso, en esos años de intensa formación y autoformación, y formación para otros, comencé a crecer en el trabajo de dar talleres de escritura. Yo todavía no publicaba, pero sí escribía mucho. Y para dar esos talleres también estudiaba mucho. A eso lo siento como un espacio de formación, que iba de mí hacia los grupos que tenía y venía de los grupos hacia mí, en forma de preguntas, inquietudes y demandas. A eso lo viví, y lo vivo todavía, como un espacio de formación y autoformación muy fuerte. Después también aprendí de maestros involuntarios, maestros de la vida, maestros que no supieron que eran mis maestros. Ahí, básicamente, nombraría a María Saleme y a Andrés Rivera, con quien nos encontrábamos cada semana en un bar o a comer y ahí se producía siempre cierto aprendizaje de escritura, por algo que él decía... tengo un cuaderno en el que anotaba, cuando volvía a mi casa, después de los encuentros con Andrés, algunas frases que me habían quedado como marcas muy fuertes. Queridos, entrañables, tanto Andrés como María. Siempre para mí en la idea de maestro se ha mezclado el saber con un posicionamiento ético. Siempre esas dos cosas. Y en el caso de Andrés y de María, eso es fuertísimo. También otros, como Susana Aselle, a quien conozco porque se acercó a uno de mis talleres, en algún momento me sumé a un proyecto que ella coordinaba, un proyecto de formación a/con maestros, experiencias educativas alternativas, en el marco [del Ministerio] de Educación de la provincia de Córdoba. Fueron varios años de trabajo compartido, bajo su coordinación, en los últimos noventa y primeros dos mil, años muy difíciles, en los que aprendí mucho junto a ella y su equipo. Después de eso, ya más acá en el tiempo, ella es siempre una interlocutora muy potente para mí, alguien con quien comparto y discuto ciertas lecturas y ciertas

cuestiones. Así que Susana es otra de mis maestras, podría decir. Y como ella, tengo tres o cuatro amigas, una de ellas es una monja (trabaja con niños sin padres, milita por el feminismo, por causas sociales y contra la trata y me acerca materiales de lectura sobre teología feminista, sobre ciertas formas de la espiritualidad no desligada de lo social, todo eso me interesa mucho), otra —una amistad más reciente— es una artista plástica con la que suelo reunirme a leer, a mirar ciertos textos, casi siempre relacionados con la creación y las mujeres. Otra es especialista en literatura infantil. Dos amigas escritoras con las que compartimos lecturas de nuestros manuscritos. También hablaría de un magisterio político con mi compañero de vida, Alberto Daghero, que fue preso de la dictadura y vivió en el exilio, porque mucho de nuestras charlas tiene que ver con lo social, lo político, compartimos fuertemente eso y también el aprendizaje enorme que da tener hijos, en mi caso, dos hijas. Ese es un magisterio enorme. Juana es poeta y fotógrafa, Josefina es psicóloga.

E&V: Las dos tienen que ver con la palabra.

M.T.: Las dos tienen que ver con la palabra y las dos tienen que ver, de distinta manera, con el compromiso social. Josefina tiene una niña, que es mi nueva fuente de aprendizaje.

Finalmente, puede que no los llame maestros, pero hay muchas personas con las que aprendí, de las que me llevé algo. Veo la sociedad entera en la que nos movemos, permeada de magisterios, de pequeños magisterios.

E&V: Muchas gracias por este tiempo tuyo, por la palabra, la amabilidad. Un abrazo inmenso, ¡desde el río Paraná hasta las sierras!

Eda Carina Muñoz | Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

Es doctora en Ciencias Sociales y magister en Salud Mental. Es licenciada en Enfermería y profesora en Ciencias de la Educación. Fue profesora titular ordinaria de las cátedras Problemas Biopsicológicos en Educación en la FCEdu-UNER y Enfermería en Salud Mental en la FCVS-UADER. Dirige proyectos de investigación sobre inclusión y accesibilidad educativa y proyectos de extensión en el campo de la salud mental. Ha publicado numerosos artículos sobre problemas de la Educación, de las Ciencias Sociales y del campo de la salud mental.

edacarinamunioz123@gmail.com

Sonia Liliana Luquez | Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

Es profesora en Ciencias de la Educación (FCEdu-UNER) y magister en Ciencias en la Especialidad de Investigaciones Educativas (DIE-CINVESTAV-IPN), Mé-

xico. Es profesora en la cátedra Psicología Educacional II, de los Profesorados de Educación Primaria, de Educación Primaria con Orientación Rural, de Nivel Inicial y de Nivel Inicial con Orientación Rural (FHAyCS-UADER). Profesora en las cátedras Teorías de la Educación (Plan 1985) y Seminario de Educación Especial (Planes 2012) de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Ciencias de la Educación (FCEdu-UNER).

sonialuquez@yahoo.com.ar